

(Requido en "de esto y de aquello" tomo IV)

cc. como II

El talento de hacer artículos



P.—Nada, nada; el que no sabe hacer cuartos, es: o un vago de siete suelas, o un tonto de capirote.

R.—¡ Hombre, no! Hay quien tiene mucho talento y no sabe ganarse la vida con él.

P.—¿ Y a eso le llamas tener talento?

R.—¿ Y si con ese su talento le da de ganar a otro?

P.—Entonces es este otro y no aquél quien tiene talento. Talento, según me parece, quiso decir un peso y una cantidad de dinero.

R.—Exacto, de 60 a 80 libras, y un valor que calculan en más de mil duros actuales.

P.—¡ Lo ves? Y si uno se gana la vida exhibiendo un oso adiestrado o un camello sabio, o un caballo calculador, ¿ quién es el del talento: el oso, camello o caballo o quien lo exhibe?

R.—¡ Vaya una comparación!

P.—Ni más ni menos. Si un criminalista se gana la vida recitando ante los jurados las defensas que le compone un pasante, el que tiene talento no es el pasante, sino el otro, el que las recita y cobra por recitarlas. El talento consiste en darles a las cosas un valor de uso. El listo no es el que sabe hacer un producto, sino el que sabe venderlo.

R.—Es decir, que no hay talento industrial, sino comercial...

P.—¡ Pues claro está, hombre, pues claro está! La prueba es que si un industrial se enriquece, es por tener talento mercantil. El fabricante que sabe colocar sus géneros, se hace rico aunque éstos sean malos, y el que, haciendo los buenos no sabe colocarlos bien, es un tonto de remate. Los tontos inventaron aquello de que el buen paño en el arca se vende. Podrá ese ser buen paño, pero el que lo tiene en el arca para venderlo es un mal pañero.

R.—Un mal pañero que hace un buen paño...

P.—Justo; un tonto. El de talento es el buen pañero que hace un mal paño y lo cuela a la clientela.

R.—Ya me explico ahora por qué cuando te hablan de algún escritor pregunta al punto cuánto gana con la pluma.

P.—¡ Naturalmente! Lo importante para juzgar del mérito de un artículo es saber cuánto le han dado por él a su autor.

R.—Pero figúrate que casi como hay el mal pañero que hace un buen paño y lo vende mal, y el buen pañero que ha-

R.—Pero figúrate que así como hay también el buen escritor que hace un buen artículo y lo vende mal y...

P.—¡ Alto, alto! No sirve tergiversar así las cosas. El buen escritor no puede vender mal sus artículos, porque buen escritor es el que los vende bien y malo el que los vende mal.

R.—¡ Hombre, no! Son dos cosas. El que vende mal sus artículos, aunque sean buenos, será un mal vendedor de artículos; pero no un mal escritor...

P.—Y un mal escritor, te digo. Si no sabe venderlos, es que ni él es buen escritor ni los artículos son buenos.

R.—Pues pocos que ha habido que siendo bonísimos, óptimos escritores, no ya de talento, sino hasta de genio no han sacado apenas nada de sus escritos y hasta se han muerto pobres...

P.—¡ Eso es una leyenda!

R.—¡ Hombre, ¿ hay tienes a Cervantes, cuyo « Quijote » ha producido millo-

nes, y a él no le dió para salir de pobre!...

P.—¡ Bueno, es que Cervantes no empezó a tener talento hasta después de muerto!

R.—Créi que ibas a decir que los hombres de genio carecen de talento.

P.—No, yo no digo eso, porque es una tontería. Lo que sí digo es que el talento es el de los que han sabido y saben explotar el « Quijote ». Y si Cervantes no supo explotarlo, es que tocó la flauta por casualidad.

R.—¡ Hombre, no seas cínico ni blasfemes así!

P.—¿ Ah, tú eres también de los que llaman cinismo a decir uno lo que los demás piensan y se lo callan?...

R.—Eso de que los demás piensen...

P.—Sí, cada cual piensa que es tonto de remate el que no sabe explotar su inteligencia, y que se pierde de listo el que explota la inteligencia de los demás. Es como en moral que predicamos lo que queremos que hagan los demás, pero si lo hacen, nos compadecemos de ellos. Nuestra suprema norma es decirle al prójimo: « No me hagas lo que no quieras que te haga yo »; pero si nos engaña, le apreciamos más por eso y le ad-





miramos, que a nadie admira más un hombre que a aquel otro que más veces y mejor le engaña. Y volviendo a nuestro tema, te diré que andan en lo cierto los que no leen más artículos que aquellos que mejor se paga...

R.—¿Y qué aprenden en ellos?

P.—Si son tontos, ni en ellos ni en los otros aprenden cosa de provecho; pero si son listos, aprenden qué es lo que hay que escribir o decir para sacar cuartos.

R.—Pero ese no es un punto de vista estético...

P.—Ahora salimos con eso? Yo no hablo de estética, ni la estética tiene nada que ver con el talento. Yo hablo de economía. Figúrate una mujer hermosa, muy hermosa, pero que se muere de hambre o poco menos... ¡Pues es tonta de remate, imbécil de solemnidad! Y las hay. Pero si además de hermosa tiene talento, se conoce en que sabe explotar su hermosura. Y te añadiré que una mujer hermosa que no sabe explotarlo, acaba por perder su hermosura.

R.—Es que hay algo que no es ni estética ni economía...

P.—¿Y qué es ello?

R.—¡La ética, hombre de Dios!

P.—Ta ta ta... ¡Ya salió aquello!

R.—¡Claro que salió!

P.—Pues no debe salir ni viene aquí a cuento. La ética nada tiene que ver con escribir artículos ni con las mujeres hermosas...

R.—Entonces...?

P.—Pues que lo moral es no escribir artículos, ni buenos ni malos, y si uno los escribe, no es venderlos, ni bien ni mal, sino romperlos sin haberlos siquiera publicado.

R.—¿Y las mujeres hermosas?

P.—¡Lo moral para la mujer es ser fea!

R.—Y si es hermosa afearse; ¿no es eso?

P.—¡Justo! O por lo menos ocultar bien y a todos los ojos su hermosura.

R.—Según eso, no se podrá vivir con moral?

P.—¡Naturalmente! Como que la moral no es para vivir...

R.—¿Para qué entonces?

P.—¡Para morir, hombre de Dios — no creas que se me escapó el retorta — que antes me llamaste así—, para morir! La ética es para morirse y la economía, para vivir.

R.—¿Y la estética?

P.—Esa es para pelear moscas, para contemplar y soñar; es decir, para creer que se vive, sin vivir. Y el hombre de talento es el que sabe vivir y no el que sabe soñar, ni menos el que sabe morirse. Hombre de talento es un vivo y no un soñador, y menos un muerto.

R.—¿Pues cómo decías que Cer-

vantes empezó a tener talento después de muerto?

P.—Porque le han resucitado.

R.—Sí, para explotarle.

P.—Acaso tengas razón.

R.—¿Y entonces?

P.—Que basta de eso me desdigo.

R.—Pero, vamos a cuentas. ¿Crees todo esto que vienes diciendo?

P.—Lo que tienes que averiguar es si lo creen los demás; lo que tienes que averiguar es si lo cree el lector de artículos que se afana por saber lo que con los tuyos ganas, para decidir si te ha de leer o no con atención.

Figural de UNAMUNO

